

NECROLOGÍA

MARÍA VAQUERO (1937-2008)

HUMBERTO LÓPEZ MORALES

Asociación de Academias de la Lengua Española

María Vaquero nació en Morales de Toro, pero a los pocos años, a la muerte de su madre, la trasladaron a Asturias, tierra de su familia materna, donde vive por algún tiempo, hasta que su padre, por entonces Inspector escolar en Plasencia, la lleva consigo a Extremadura. Allí concluye con gran éxito sus estudios preuniversitarios, y se traslada enseguida a Salamanca, en cuya Universidad obtiene, también con honores, su Licenciatura de Filología Románica.

Después viene su noviazgo, su boda y su marcha a América, donde va a vivir la mayor parte de su vida. Primero Cuba, donde nace su hija mayor, y tras la catástrofe de la isla, vuelta a España, aunque por breve tiempo; después, Puerto Rico, donde verá la luz su hija menor; allí permanecerá durante largos años, salpicados siempre con continuas visitas a su tierra natal, hasta poco antes de su muerte, ocurrida en Pamplona.

La vida admirable de esta mujer excepcional está llena de trabajo, siempre gustoso, de amor y de un sentido de la amistad que yo no conocía antes. Nos había presentado Manuel Alvar, una especie de hermano mayor nuestro, en los famosos cursos de verano malagueños que él había fundado y dirigía con singular acierto, como todo cuanto hacía. Pero aquello no fue más que un encuentro ocasional, muy cordial sin duda, pero que entonces se me hacía efímero. María era entonces profesora de la Universidad de Puerto Rico, en Río Piedras, lugar que se me antojaba exótico y hasta remoto.

Pero un buen día, también en Málaga, fui invitado a ir a esa Universidad en calidad de Catedrático invitado por un año. Yo lo era de la Universidad norteamericana de Rice, en Houston, y acepté de inmediato. Allí tenía una amiga, María, aunque quizás para entonces —habían pasado algunos años— ya ni se acordaría de mí.

Me la encontré subiendo las escaleras de la Torre del Recinto de Río Piedras de la Universidad, el primer día de clases de agosto de 1971. No nos de-

tuvimos nada allí, pues el deslumbrante sol tropical nos castigaba con insistencia. Ya en el claustro, nos saludamos con la alegría de quien encuentra a un viejo amigo. Jamás olvidaré aquella sonrisa franca ni aquellos ojos intensamente luminosos que me hacían presagiar que acababa de nacer una larga y entrañable amistad. Así fue. Muy pronto su casa fue mi casa y su familia fue la mía.

Durante algo más de 20 años fuimos colegas en Río Piedras. ¡Cuántas aventuras científicas emprendimos juntos! Completamos la tarea de construir el Instituto de Lingüística de la Facultad de Humanidades, y lo pusimos en marcha con un regocijante éxito, dábamos muchas clases, seminarios y conferencias, organizamos simposios, seminarios, un gran congreso internacional, a la par que investigábamos sobre el español de Puerto Rico y sobre la enseñanza del español en el país, siempre compartiendo nuestras investigaciones, escuchándonos, aconsejándonos mutuamente. El trabajo, trabajo muy gustoso, nunca se detuvo.

Pero la labor de María no solo se dedicó a los ámbitos universitarios. Muy pronto llegó a la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española, y poco después, a la prensa del país. La Dra. Vaquero, como era llamada entonces por todos en el Recinto, poseía no un doctorado, sino dos, uno de la propia Universidad de Puerto Rico y otro de la Complutense madrileña. Sus clases eran la favoritas de muchos de nuestros alumnos: claridad y sencillez en la exposición, aun cuando se tratara de duros temas de teoría fonológica, su asignatura favorita, o de la lectura de complejos espectrogramas en el laboratorio de fonética, más amabilidad constante, sonrisa franca y continuada, interés en el alumno, y un largo etcétera eran las evaluaciones que todos hacían de ella.

A su interés científico y a su dedicación se deben investigaciones pioneras como el análisis espectrográfico de la *ch*, de la *rr*, y del conjunto vocálico del español puertorriqueño. Pero también trabajó —mucho y bien— sobre cuestiones léxicas, sobre la confección de *corpora*, sobre dialectología, sobre sociolingüística, sobre atlas lingüísticos, en el español de los medios de comunicación, especialmente, el de la televisión, y aún le quedaban arrestos para el trabajo histórico —su libro sobre Fray Pedro de Aguado, su edición crítica y estudio lingüístico del Fuero de Plasencia, en coautoría con María Eloísa, su hija mayor—, tiempo también para adentrarse en el mundo de la lingüística aplicada a la enseñanza de la lengua materna, para la crítica literaria —Calderón, el Barroco, Luis Rafael Sánchez— y para dirigir y coordinar una magnífica Serie de Español para la escuela secundaria de Puerto Rico. Cuento someramente unas 65 piezas de investigación publicadas entre América y España.

Pero, aunque la Universidad fue su primera y más acendrada vocación, también dedicó una parte muy importante de su vida a la Academia, de la que muy pronto llegó a ser Secretaria y Directora de su Boletín. Como de costumbre en ella, allí se volcó con todo el entusiasmo de que era capaz, que era

mucho, y actualizó, reestructuró, modificó, puso al día todo lo relacionado con una institución que vivía lánguidamente y que gracias a ella cambió a una vida vigorosa, actualizada, seria y respetada. Su labor como piedra clave de la Corporación de San Juan, sus desvelos, su trabajo constante serán reseñados con detalle alguna vez, y entonces, y solo entonces, seremos capaces de valorar su actuación allí en todo lo que vale.

A pesar de sus negativas primeras, la prensa escrita consiguió que también a ella le dedicara parte de sus intereses y de su trabajo. Y así fue. Su columna sobre cosas del idioma se convirtió con insólita rapidez en una de las más leídas, comentadas y admiradas, como demostraban de continuo las docenas de cartas de lectores agradecidos que la felicitaban. Eran artículos de corrección idiomática, desde luego, pero nunca en ellos se pudo observar ni el más leve aire de intransigencia, de condenas feroces, y de actitudes severas. Un hermoso libro suyo, *Palabras son palabras*, deja constancia perenne de este otro trabajo suyo.

Su vida externa puede dibujarse con facilidad: Catedrática, Directora de la Escuela Graduada del Departamento de Estudios Hispánicos, Directora del Instituto de Lingüística, conferenciante, autora de libros importantes y de docenas de artículos académicos y periodísticos, Miembro de Número de la Academia Puertorriqueña y Secretaria de la misma, Directora de su Boletín, Corresponsiente de la Real Academia Española y de la Academia Nacional de Letras del Uruguay. Pero internamente su *curriculum vitae* fue más simple y más intenso a la vez.

La Universidad, la Academia, el periódico, como su vida misma, no ha sido otra cosa que la defensa de sus ideales: la hispanidad y la lengua española, nuestra gran lengua. Un resumen entrañable de lo que digo puede verse en su artículo «Historia de una pasión», publicado por el rotativo madrileño ABC en ocasión de haber sido conferido al pueblo de Puerto Rico el Premio Príncipe de Asturias 1992 de las Letras. A pesar de lo contenido de su emoción y de su alegría, allí está su vida entera y también su testamento. ¡Gracias María por haber sido quien fuiste!

Este pasado 14 de mayo, en la sede de la que fue su Academia, la de Puerto Rico, le fue entregada a título póstumo la Encomienda de Isabel la Católica en reconocimiento de su labor en pro del hispanismo en Puerto Rico. Le fue concedida por Su Majestad el Rey y entregada a su familia por el Cónsul General de España en Puerto Rico. Honrar, honra.

